Federico PATÁN, *Raíces en la tierra. Irlanda en su ensayo literario*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2005.

Me alegra reseñar este libro por varias razones. En primer lugar, porque nos acerca a la producción ensayística de un país del que, lamentablemente, conocemos muy poco. En segundo, porque constituye la culminación de un esfuerzo más realizado por el Seminario Permanente de Traducción Literaria de la Facultad de Filosofía y Letras, el cual, a lo largo de los últimos diez años, ha publicado varias antologías en las que se difunde la poesía de Estados Unidos, Inglaterra y la misma Irlanda, así como cuentos de Graham Greene, de cuentistas norteamericanas y de autores canadienses.

Realizar una selección representativa de los mejores ensayos escritos en un país debe ser una labor difícil, no sólo por la enorme variedad de autores y temáticas, sino también porque los antologadores deben tener conciencia de los vaivenes del canon, de la forma en que autores y obras van encajando en ese ente abstracto, pero siempre presente, que constituye la tradición nacional. Como bien apunta Federico Patán en su introducción, no fue tarea fácil. Sin embargo, éste es uno de los logros del libro: además de los dos criterios elegidos por el seminario —es decir, que cada ensayo fuera representativo de su autor y que a la vez tuviera una representatividad dentro del conjunto seleccionado— en su totalidad el volumen ofrece una visión bien delimitada de autores clave de la literatura irlandesa moderna.

Al leer el índice para un primer acercamiento, la variedad de títulos nos da una impresión engañosa de lo que será el contenido global: “El retrato del señor W. H.”, “La mujer femenina”, “El simbolismo en la poesía”, “Nacionalidad e imperialismo”, “James Clarence Mangan”, “De Monaghan al Gran Canal”, “Contra la aridez”, “La mente dividida”, “Fuera de la historia”, “Las fronteras de la escritura” y “Oscar Wilde: Venus en jeans”. Sin embargo, al adentrarnos en la lectura, los ensayos van desgranando temáticas compartidas que, a pesar de sus diferentes

perspectivas, apuntan a una compleja reflexión sobre la identidad irlandesa y la importancia de la literatura como elemento forjador de dicha identidad.

Tomando como punto de partida el título del volumen, el lector espera encontrar lo “irlandés” dentro de cada uno de los ensayos. “Raíces en la tierra” nos ofrece un primer hilo conductor: parecería que algo que los “hace” irlandeses es una textura expositiva en la que se filtra con frecuencia la sensación de estar en íntimo contacto con la naturaleza y de tener una profunda conciencia acerca de un origen mítico. Sin embargo, esto no es más que una primera impresión, pues el libro trasciende el lugar común de que toda identidad nacional conlleva la noción de estar “arraigado”. La historia misma de Irlanda niega dicho estereotipo. Al orgullo de saberse herederos de una tradición gaélica milenaria y de haber sido sede de las primeras manifestaciones del cristianismo fuera del continente, se agrega una profunda ambivalencia hacia las realidades de ser también un país colonizado que, en sus momentos más críticos, ha expulsado a sus habitantes al exilio. Y aquí surge una de las mayores paradojas: muchos autores centrales de eso que tendemos a llamar “literatura inglesa” son, en realidad, irlandeses, lo que desdibuja toda posible simplificación cultural acerca de las identidades nacionales puras.

Creo que no es una exageración decir que todos, o casi todos, los ensayos del libro comparten esta paradoja. Incluso en los ensayos en donde no parece abordarse de forma explícita una reflexión sobre lo nacional, podemos percibir cierto sentido de la otredad, una otredad definida no sólo por los temas de los ensayos sino por la excentricidad misma de sus autores/actores. “El retrato del señor W. H.”, escrito por Oscar Wilde y traducido por Federico Patán, parecería ser una pieza narrativa en la que se elabora toda una fantasía sobre uno de los grandes enigmas de la literatura inglesa: la identidad del misterioso personaje masculino de los *Sonetos* de Shakespeare. Sin embargo, más allá de eso, Wilde ofrece un subtexto en el que realiza todo un cuestionamiento sobre las estrechas nociones de unicidad, empezando por la concepción misma de lo que es un “ensayo”, que él invierte magistralmente.

La ironía que sustenta el ensayo de Wilde adquiere una dimensión aún más profunda cuando se lee en el contexto del último ensayo del volumen “Oscar Wilde: Venus en jeans”, de Fintan O’Toole y traducido por Bruce Swansey, en el que el autor, nacido en 1958, reconstruye a un Wilde marcado por una alteridad todavía más paradójica que aquella a la que el mismo Wilde nos tenía acostumbrados. La nueva imagen de Wilde —una imagen que insiste en las reacciones virulentas que provocaba el dramaturgo y que lo llevaron a ser caricaturizado como “un nativo, un salvaje, un negro”, epítome de la barbarie ante la cultura “occidental”— es, de hecho, una magistral forma de cerrar el libro, pues el ensayo de O’Toole nos obliga a recontextualizar todo lo leído y

a pensar, justamente, que la identidad irlandesa no es una identidad fija, sino que por su multiplicidad tiene que reinventarse todo el tiempo.

Esta necesidad de reinención es, quizá, uno de los elementos latentes en todo el volumen y nos ayuda a comprender desde una perspectiva diferente el irónico ensayo de George Bernard Shaw, “La mujer femenina”, traducido por Flora Botton-Burlá, en el que Shaw explora sus preocupaciones sociales con la agudeza que lo caracteriza y, de paso, deja ver su crítica permanente del sistema inglés. Es decir, un tema que en sí no parecería susceptible de incorporar ninguna reflexión sobre la identidad irlandesa, en la forma de ser abordado cuestiona con mordacidad ciertas tendencias inglesas no sólo a aceptar incondicionalmente las convenciones sociales sino también a considerarse como los redentores de la humanidad.

Desde esta perspectiva, la expresión “raíces en la tierra” adquiere una dimensión en la que se percibe la ambivalencia natural de la identidad irlandesa, ambivalencia que, dicho sea de paso, subyace en todos los ensayos del volumen. A la conciencia de tener “raíces en la tierra”, de estar arraigados, los autores sobreponen la percepción de vivir en un permanente desarraigo, es decir, de haber sido arrancados de la tierra ya sea por la imposición de instituciones ajenas, incluyendo la lengua, o bien por escapar de una estrechez cultural, social y religiosa que los agobia, o por estar determinados por una “mente dividida” que los obliga a contraponer su alma irlandesa al intelecto británico. Son habitantes de dos mundos en los que las relaciones de poder hacen que sientan a flor de piel la fisura de lealtades que resulta de “ser al mismo tiempo un archivo de la derrota y un diagrama de la victoria” como magistralmente lo expresa Eavan Boland, en el ensayo acertadamente titulado “Fuera de la historia”, traducido por Eva Cruz.

Así, el ensayo en donde se encuentra la expresión que da título al libro, lejos de limitarse a sustentar la noción de un arraigo directo, plantea desde el principio la enorme dificultad que dicha expresión supone. En “De Monaghan al Gran Canal”, traducido por Mónica Mansour, Patrick Kavanagh nos deja ver el enorme peligro que surge de querer simplificar e imponer una noción de identidad nacional. Kavanagh, quien por sus orígenes campesinos tendría todo el derecho de reclamar una identidad arraigada en la tierra, fue precisamente uno de los escritores que más cuestionó las imposturas a las que dicha noción podía llevar, incluyendo los excesos del célebre Renacimiento Literario encabezado por William Butler Yeats, quien en “El simbolismo de la poesía”, traducido por Marina Fe, nos transporta a esa etapa crucial de la literatura irlandesa moderna.

La complejidad de definir “lo nacional” dentro de un proceso histórico y, sobre todo, de entender cómo los individuos articulan y viven dicha noción es el tema tanto de “Nacionalidad e imperialismo”, escrito por George Russell y traducido por Mario Murgia, como del ensayo de James Joyce, “James Clarence

Mangan”, traducido por José Juan Dávila Sota, miembro fundador del Seminario que falleció la primera semana del año 2005. Se trata de escritores pertenecientes a una misma generación (mueren entre 1935 y 1941), cuyas preocupaciones y trayectoria dejan ver dicha complejidad. Si Yeats ofrece una teoría de la poesía sustentada en una identidad nacional cuyas bases se encuentran en el origen mismo de la civilización y expresada mediante símbolos intelectuales, si Russell identifica lo nacional con un origen divino y defiende, sin apasionamientos y con mesura, la independencia de la isla en contra del imperialismo, Joyce no reconoce esa noción de identidad nacional, al grado que vive en el exilio por decisión propia y, en su ensayo, niega la existencia de una tradición literaria sólida. Su poeta, Mangan, se convierte entonces en un poeta único, transgresor, una especie de poeta maldito que deja de lado una “estrecha e histórica nacionalidad” para convertirse en un profeta de los abismos existenciales de la humanidad.

Los ensayos de Iris Murdoch, Thomas Kinsella, Eavan Boland y Seamus Heaney incorporan la reflexión sobre la identidad nacional y la función de la literatura en el contexto de un mundo al que podríamos describir como poscolonial. En “Contra la aridez”, traducido por Flora Botton-Burlá, Iris Murdoch expone en términos filosóficos la necesidad de tener los medios adecuados para expresar nuestra esencia humana en términos que rebasen la “aridez” (la brevedad, claridad y autosuficiencia) que caracterizó la literatura del siglo XIX, de tal forma que podamos “tener la libertad de pensar en términos de grados de libertad y de representarnos, en sentido no metafísico, no totalitario y no religioso, la trascendencia de la realidad”. Qué tanto escribe Murdoch como irlandesa, como inglesa o como mujer universal es algo que falta definir. No podemos olvidar que pasó prácticamente toda su vida adulta entre los muros de la Universidad de Oxford.

En cambio, Kinsella, Boland y Heaney escriben con la profunda conciencia de tener una mente dividida no sólo por la imposición de la lengua inglesa, la cual ha conformado su propia mentalidad, sino también porque se asumen como individuos con una profunda conciencia de su posición histórica y social, es decir, como escritores que no pueden escapar de la tradición inglesa pero que a la vez buscan defender su propia especificidad como irlandeses y, en el caso de Boland, como mujer. Tener una mente dividida exige para estos escritores replantearse la función misma de la literatura y la poesía, de modo tal que no puede distanciarse del entorno político y social. Para Thomas Kinsella, en el ensayo que lleva precisamente ese nombre, “La mente dividida”, traducido por Mónica Mansour, es la conciencia de la ruptura lo que alimenta la poesía y la identidad irlandesa. En cambio, para Seamus Heaney, como queda de manifiesto en “Las fronteras de la escritura”, ensayo traducido por Claudia Lucotti, la poesía, además de ser “responsable” dentro de su propio lenguaje, debe ser también un vehículo de armonía que ofrezca una posibilidad de reconciliación

en situaciones tan radicales como las que se viven en Irlanda del Norte.

Raíces en la tierra nos deja tener vislumbres de las diversas formas en que Irlanda se hace presente en su ensayo literario. Sea éste un primer acercamiento a esa nación con la que compartimos no sólo una sensibilidad religiosa y cultural, sino el peso histórico de luchar contra potencias imperiales.

Nair María ANAYA FERREIRA